

SER PROFESOR/A HOY: DESDE LA PARADOJA HACIA UNA NUEVA PROFESIONALIDAD¹

*Autora: María Loreto Mora Olate
Magíster (c) en educación
loretomora3@123.cl
Universidad del Bío-Bío*

RESUMEN

La profesión docente ha estado históricamente cargada de ciertos estereotipos en torno al rol que debe cumplir un/a profesor/a. Todo esto envuelto en un halo que va desde la imagen del maestro rural abnegado, casi mistraliano, pasando por el profesor apóstol llegando al extremo de la imagen del profesor/a, que en ocasiones cae en actitudes arbitrarias, abusando de su autoridad dada por el conocimiento.

Nos instalamos a reflexionar en torno a lo que significa ser profesor/a, desde la perspectiva de una docente principiante, para llegar al perfil de docente deseable, intelectual transformativo comunicador, que realiza su acción en un sistema complejo y abierto como lo es la escuela, en un contexto de Reforma Educacional en marcha y en otro más amplio, como lo que se ha dado en llamar “modernidad”.

Profesores noveles ante la paradoja

Si bien es cierto que existe un debate en torno a si, verdaderamente, Latinoamérica vive una modernidad, es ineludible aceptar que, al menos, esta idea ronda en los discursos pedagógicos, así como los imaginarios de “mundo globalizado”, “era de la información” y de “crisis”. Es necesario tomarlos en cuenta para desde allí detenernos y reflexionar en torno a las exigencias que vive el docente, formado en el siglo anterior y que, incoherentemente, se le ha encargado la misión de educar a los ciudadanos del siglo XXI.

No cabe duda de que la profesión que hemos elegido, vive hoy más que nunca en una paradoja, considerando que no hace mucho, estudiar pedagogía no constituía una opción anhelable por los egresados de enseñanza media y que hoy, muy por el contrario, nos encontramos con primeros puntajes que alcanzan ya los 700 puntos y con listas de espera; situación impensable en la década de los ochenta, cuando muchas escuelas de pedagogía corrieron el riesgo de cerrarse dada las bajas remuneraciones que, a pesar de las mejoras, no satisfacen completamente, y a la desmerecida situación del gremio. In-

1 Trabajo presentado al XIV Congreso Mundial de Ciencias de la Educación. AMCE 2004. (10-14 mayo) Santiago, Chile, Pontificia Universidad Católica.

gresar a pedagogía era el premio casi de consuelo para los abogados, periodistas, psicólogos y escritores frustrados, cuyos puntajes de ingreso fluctuaban ente 450 y 500 puntos.

Los contrasentidos característicos de la profesión docente los comenzamos a vivir desde nuestras primeras experiencias en el aula. La gran mayoría de los/las docentes principiantes vivimos este choque con la realidad, donde entraron en crisis nuestras idealizaciones acerca de lo que significaba ser profesor/a y de lo que era la escuela; ideas que construimos en nuestra formación inicial, frente a las exigencias y problemáticas del sistema educativo. Algunos autores hablan de un auténtico *shock* con la realidad, descrito como el colapso de los ideales misioneros producidos durante la formación del profesor ante la agria y dura realidad de la vida cotidiana de la clase. (Esteve, 1993: 61)

Se produce este conflicto, debido a que, por una parte, la mayoría de los profesores/as noveles reproducen en el aula las pautas de investigación o los sistemas de trabajo vividos en la universidad, y por otra, al no saber manejar habilidades necesarias para dominar la práctica de la enseñanza y la conducción de grupos capaces de generar las condiciones necesarias para el aprendizaje. Lamentablemente esto se aprende sobre la marcha, por el método de ensayo y error, que sin duda va en desmedro de la calidad del aprendizaje de los/las estudiantes y de la profesión docente en general. De allí que muchas veces se ponga en duda nuestra profesionalidad y que ahora el discurso pedagógico institucional hable de la necesidad de renovar la profesión, al tomar conciencia que las importantes transformaciones educacionales en curso “afectan también, y muy centralmente, a la profesión docente. La naturaleza de los cam-

bios en educación pone en el centro de las preocupaciones un conjunto amplio de nuevos conocimientos, capacidades y prácticas que los profesores deberían adquirir para hacerlos efectivos”. (Unicef, 2000: 7)

Generación pre-reforma

Iniciamos esta reflexión declarando nuestra pertenencia a una generación de profesores que inició su formación docente en el último quinquenio de la década de los noventa, en una Universidad regional, lo cual no es un detalle, decidiéndonos por ser profesores “a pesar de todo”: de las bajas remuneraciones y de la crisis en que se encontraban las carreras pedagógicas; tal como lo demostraban el bajo número de postulantes y el cierre de algunas carreras en ciertas universidades. Mientras tanto, el país se embarcaba en lo que conocemos como Reforma Educacional, bajo el segundo gobierno de transición a la democracia, con Frei hijo a la cabeza, en una etapa de consensos, privatizaciones y proyectos de reformas judiciales y educativas.

Aunque la idea de transición tenga una connotación política, ella también nos define como generación, somos profesores pre-reforma, testigos y protagonistas de toda la transformación que ella implica, que con fallas y cuestionamientos, es necesaria. Vivimos la gestación de la Reforma en las aulas de las escuelas de pedagogía, donde el discurso común versaba en que si hasta ese momento éramos espectadores, en un futuro inmediato, seríamos los actores, tomando la responsabilidad de instalarla curricularmente en las aulas.

Empezamos a inquietarnos, deseábamos saber cómo era el mundo “real” de la sala de clases, reclamamos por el tardío contacto con el medio y queríamos tener una

posición crítica y reflexiva. En 1997, la reforma curricular debutó en enseñanza media, con los nuevos planes y programas en NM1. Hubo momentos de duda, de incertidumbre y frustración entre quienes nos preparábamos para asumir funciones docentes; sentíamos cierta ignorancia y consideramos que había una desconexión entre nuestra formación y lo que el medio nos exigía.

Paralelamente, nos hallamos inmersos en un marco de globalización y de interdependencia económica, donde los cambios acelerados que vivimos en todas las esferas sociales provocan tensiones tales como: problemas de empleo y la progresiva marginación de amplio colectivos sociales; la doble necesidad de afirmar nuestra identidad y a la vez, adaptarnos a los procesos de globalización; la desigualdad entre los países desarrollados con los en vías de desarrollo y las consecuentes inequidades sociales. Ante esto, se dirige una nueva mirada sobre la educación y se la concibe como algo crucial y complejo, una verdadera tabla de salvación en el mar de incertidumbres, ya que no hay certezas respecto al futuro en que se insertarán nuestros jóvenes. (Renau, 2000: 50)

Tensiones

Según Michel Apple, (2001: 5.) la educación también vive la tensión entre las fuerzas neoliberales y neoconservadoras, las que respectivamente enfatizan los valores del mercado y la adhesión a valores tradicionales, coincidiendo ambas en que la sociedad se está desmoronando.

Esta visión cataclástica de la realidad hace que dichas fuerzas ganen adeptos, tejiendo una nueva alianza hegemónica con 4 grupos principales:

a) elites económicas y políticas neoliberales

rales

- b) algunos grupos obreros y de clase media, que desconfían del Estado.
- c) Una nueva fracción de la clase media, para quienes el discurso neoliberal se conecta con sus intereses profesionales y del mejoramiento de estatus.

En este escenario, las ideas de igualdad de oportunidades han perdido fuerza, uniéndose a la exclusión de la gente pobre; en palabras de Apple, los “ellos”: los que reciben sin dar nada y a quienes las políticas que los apoyan resultan costosas para los grupos dominantes: el “nos”: los trabajadores correctos, los que cumplen con la ley.

Siguiendo dicha lógica, la escuela debería apoyar a los “ciudadanos reales”, a quienes les va bien en condiciones difíciles gracias a su capacidad emprendedora. Se sugiere que las políticas educacionales deben centrarse en el fortalecimiento de la privatización y del libre mercado, priorizando valores individuales y empresariales.

Entendemos entonces, siguiendo a Apple, que estas fuerzas neoconservadoras y neoliberales conciben como tarea de la educación, cambiar el modo de autocomprensión de las personas, como individuos que tienen como fin, maximizar su propio interés, sustentándose en una meta ideológica mayor y la aceptación de que hay ganadores y perdedores en el sistema. A esto hay que agregar que las políticas de Reforma, enfatizan los vínculos entre empresa, trabajo y mercado, con la idea de satisfacer a un proyecto económico neoliberal más amplio.

Teniendo en cuenta lo anterior, surge otra contradicción docente, a la cual se le ha encargado también la educación para la vida en democracia y la paz, cuando

ineludiblemente nuestro accionar se debate en aquellas fuerzas ya mencionadas. Sin embargo, cada día en los discursos de las teorías de la modernidad como en los fundamentos curriculares de la reforma educativa, se refuerza la idea de democracia como el escenario menos malo para el ejercicio del pensamiento creativo y para la resolución de conflictos.

¿Quedarnos sólo en la paradoja?

En estos terrenos complejos, críticos y llenos de desafíos se ubica el/la profesor/a. Hoy más que nunca nuestra profesionalidad es paradójica, donde la nueva sociedad de la información espera que el docente aprenda a enseñar de forma diferente a como fue enseñado: junto con ser catalizador del cambio también es víctima del mismo. (Hargreaves, 2000: 60)

Sin embargo, resultaría dañino para nuestra profesión, así como para las generaciones que nos corresponde formar, adoptar eternamente el papel de víctimas de las circunstancias, actitud que ha degradado poco a poco nuestra identidad y autoestima profesional. El llamado actual al cambio educativo, representa para los/las profesores/as una amenaza y un desafío: la primera opción, se refiere al hecho que las Reformas educativas no confían en el liderazgo intelectual del profesor, quedando reducidos a la labor de técnicos superiores ejecutores de los objetivos curriculares decididos por los expertos, que no tienen conocimiento de las realidades cotidianas vividas en el aula. En esto, el profesor no cuenta a la hora de examinar la naturaleza y el proceso de reforma. Entonces, el principal reto para nuestra profesionalidad docente está en entablar un debate público que permita desarrollar una perspectiva teórica que redefina la naturaleza de la crisis educativa. (Hargreaves, 2000: 59).

Más bien, nos queda tomar la segunda opción referida al desafío: asumir un liderazgo teniendo una conciencia y actitud reflexiva y crítica y de continuo aprendizaje, condicionantes que esta nueva sociedad informacional nos impone, la cual viene realizando una importante inversión en cuanto a esperanza de reconstrucción educativa y social, siendo las escuelas y el profesorado vitales para su misión principal; así como también, para las nuevas formas de generar procesos y transmitir el conocimiento, en una sociedad cambiante y auto creada, donde el conocimiento constituye un recurso flexible, fluido, siempre en cambio y en expansión, donde también importan las nuevas formas de generar, procesar y transmitirlo. (Hargreaves, 2000: 59).

Intelectuales transformativos

En medio de la incertidumbre que caracteriza a los tiempos que corren, el estado de crisis, es curiosamente una de las pocas certezas existentes. Esta situación de duda y desequilibrio hace un llamado al cambio educativo, el cual puede constituirse en una amenaza o en un desafío para los/as profesores.

Profundizando un poco más, la concepción de cambio educativo como amenaza lo encarnan las Reformas educativas, que al no confiar en el liderazgo intelectual y moral de los/las docentes frente a los jóvenes, quedan reducidos a la categoría de técnicos superiores, hecho que se constituye en una verdadera proletarianización del trabajo del profesor, el cual asume el rol de gestionar y cumplimentar programas en lugar de asumirlos críticamente (Giroux, 2001: 61).

Por otra parte, al asumir el cambio educativo como un reto, los/las docentes tendríamos que arrogarnos la responsabilidad de

entablar un debate público para reflexionar críticamente, con miras a desarrollar una perspectiva teórica que redefina la naturaleza de la crisis educativa y que al mismo tiempo, nos permitiría recuperar nuestra categoría de profesionales de la reflexión.

Considerando lo anterior, compartimos con Giroux, la necesidad de repensar la identidad y el rol del *profesor como intelectual transformativo*. Creemos que este concepto sintetiza el perfil de docente deseable para la sociedad actual. Repensar la naturaleza del trabajo y el rol del docente como un intelectual, implica considerar la base teórica e intelectual de su tarea, que desarrolla una actividad de reflexión y acción críticas, todo esto encarnado en “hombres y mujeres libres, con una especial dedicación a los valores de la inteligencia y al encarecimiento de la capacidad crítica de los jóvenes” (ibid: 64)

Como vemos, el llamado está en reciclarlos para comenzar a ser *profesionales de la reflexión acción*, con el desafío de mejorar nuestras prácticas planteándonos cuestionamientos serios acerca de los que se enseña, en la forma en que debemos enseñarlo y sobre los objetivos generales que perseguimos.

En consecuencia, estimamos que las entidades encargadas de la formación inicial de los nuevos docentes deberían replantear el perfil de los egresados entendiéndolo como un *intelectual transformativo*, capaz de analizar críticamente las condiciones menos obvias que estructuran las prácticas ideológicas y materiales de la instrucción (ibid: 62), a la vez, despojar de los discursos referidos a los roles y a la realidad escolar, aquellas idealizaciones y estereotipos de lo que supuestamente significa ser profesor/a de la realidad de las escuelas; imágenes creadas que entran

en *shock* cuando el/la profesor/a novelada sus primeros pasos en el aula.

Recuperar nuestra condición de profesionales intelectuales debería ser el eje del proceso de renovación docente que emana del MINEDUC, lo cual implica, según Giroux, repensar y reformular las condiciones que lo han impedido, contextualizar en términos políticos y normativos las funciones sociales que realizan los docentes. Para esto es necesario mirar a las escuelas como lugares económicos, culturales y sociales inseparablemente ligados a los temas del poder y del control, más específicamente a las fuerzas neoconservadoras y neoliberales, ya mencionadas.

Intelectuales, transformativos y comunicadores

Junto con recuperar el estatus de intelectuales transformativos, reflexivos en la acción, creemos necesario nutrir lo anterior desde la mirada de la comunicación, dimensión estructurante de nuestra identidad, en el sentido de considerar al *profesor como un comunicador*.

Para el desarrollo de esta idea, partimos desde la base que el/la profesor/a se desempeña en un contexto específico, denominado escuela, considerándola a ésta como una organización en estrecha relación con los flujos comunicacionales que se dan en ella.

La escuela, comunicación y profesor/a

No obstante la complejidad del fenómeno comunicativo, para efectos de su tratamiento en relación con aspectos organizacionales, conviene definir la comunicación como proceso mediante el cual se vehicula información y se unifica la actividad organizada, se modifican conductas, se efectúan cambios y se cumplen las

metas. (Sánchez, 1998: 1)

La relevancia de lo comunicativo dentro de una organización es comparable al torrente sanguíneo, que transporta los nutrientes necesarios para el funcionamiento de nuestro cuerpo; la comunicación es la encargada de vehicular la información necesaria para que la organización realice adecuadamente sus funciones. En el caso de la escuela, esto adquiere mayor relevancia en el contexto de modernización del proceso de enseñanza-aprendizaje, ya que ella es considerada como núcleo fundamental de las acciones renovadoras para el cambio educativo.

La escuela como organización está constituida por un grupo de personas (profesores, alumnos, administrativos, no docentes, padres y apoderados) que interactúan asociativamente a través de un sistema de actividades tendientes a obtener de forma coordinada, consciente y deliberada unos objetivos determinados. De la gestión de la escuela depende el cumplimiento de los principios y metas contenidos en el Proyecto Educativo; para esto el encargado de la administración, por el momento pensemos en el director del establecimiento, debe velar por crear ambientes de trabajo donde los individuos trabajen colaborativamente para conseguir un desempeño eficaz y eficiente. En este sentido, el director más que coordinar debe mantener una visión de la escuela que debe comunicar y motivar, lo cual ayudará a tomar decisiones en conjunto.

Este conjunto organizado de personas con objetivos comunes funciona gracias a redes de comunicación interdependientes, las cuales transportan un flujo de mensajes, ya sea en forma ascendente, descendente u horizontal. Aquellos mensajes contienen la información significativa para el sistema, insumo básico para

su funcionamiento.

Una gestión democrática en la escuela requiere que su comunidad educativa se mantenga informada, para de esta forma motivar la participación de sus miembros y cumplir su cometido. Por lo tanto, la "información es condición **sine qua non** para que tenga lugar la participación, ya que está demostrado que las personas informadas trabajan mejor y más acorde con la cultura de la institución; que la deficiente información, ya sea por calidad o por cantidad, conlleva frecuentemente a malos entendidos entorpeciendo la marcha de la escuela y que además, la información es un derecho que tienen todos los miembros de la comunidad escolar". (Tomás i Folch, 1991: 2).

Sin duda que ningún esfuerzo que vaya en pro del mejoramiento del aspecto comunicativo en la escuela, no será en vano, ya que cada día va en aumento la cantidad y tipos de información que dicha organización debe manejar.

Es evidente que para este último tipo de organización escolar, el componente comunicacional cumple un papel preponderante para la gestación de aquel "clima de intercambios" que la caracteriza. Dicho intercambio se produce dentro de una red de relaciones interdependientes transportadora de mensajes entre personas que cumplen diferentes roles dentro de la escuela. En este punto, las escuelas deben procurar que la transferencia de información no sea sólo eso, sino que se genere una verdadera comunicación al asegurar que sus miembros realmente comprendan la información que reciben, para así evitar interpretaciones erróneas que dificultan la gestión.

Por lo tanto, la importancia del componente comunicacional atraviesa los muros de

la escuela, transformándola en un sistema abierto y complejo, que necesariamente debe relacionarse y se ve influenciado por el ambiente. Al mismo tiempo, la escuela de la Reforma debe adquirir un compromiso con la comunidad, lo cual facilitará el reconocimiento que ésta realizará con ella, según el carisma que identifique a la comunidad escolar.

Palabras finales

Tomando en cuenta todo lo anterior, estimamos conveniente que junto con la reformulación curricular que estamos viviendo es necesario re-pensar la escuela y el rol del profesor dentro de este nuevo escenario. Re-pensar la escuela desde lo organizativo, como un sistema cuyo funcionamiento está sustentado en la comunicación, nos obliga a mirarla como un ente vivo que se desarrolla y que está en constante aprendizaje (rasgos de la organización moderna) y que ahora es considerada como unidad de cambio.

En consecuencia, nuestro sistema educacional requiere un nuevo tipo de profesional, que en su hacer demuestre su condición de intelectual: reflexivo orientado hacia la acción educativa y consciente, por una parte, de su calidad como comunicador y por otra, que forma parte de una organización y que su quehacer va más allá de los muros de la sala de clases, situación que le impide sustraerse de la red de comunicación que activa a la escuela. Al mismo tiempo, debe asumir una actitud proactiva y crítica ante los mensajes, lo cual permitirá a los/las docentes transformarse en sujetos comunicantes, rasgo que les facilitará estar en constante

interrelación con sus pares y convertirse en efectivos *gestores/as de cambios* dentro de su organización y en un/a *verdadero/a transformador/a social*.

BIBLIOGRAFÍA

1. APPLE, MICHEL W. (2001): "¿Podemos luchar contra el neoliberalismo y neoconservadurismo en educación?", Revista Docencia, Colegio de Profesores de Chile, N° 13, Año VI, pp.4-10.
2. UNICEF (2000): Ciclo de debates: Desafíos de la Política Educacional "LA RENOVACIÓN DE LA PROFESIÓN DOCENTE". Chile.
3. ESTEVE, JOSÉ M.(1993): "El choque de los principiantes con la realidad" en Cuadernos de Pedagogía, Barcelona, España, N° 220, pp.58-63.
4. GIROUX, HENRY A. (2001): "Los profesores como intelectuales transformativos" Revista Docencia, Colegio de Profesores de Chile, N° 15, Año VI, pp. 60-66.
5. HARGREAVES, ANDY (2000): "Nueva profesionalidad para una profesión paradójica" en Cuadernos de pedagogía, N° 290, Barcelona, España. pp.58-60.
6. RENAU, MARÍA D. (2000): "Una educación para hoy" en Cuadernos de Pedagogía. N° 292, Barcelona, España. pp.50-53.
7. SÁNCHEZ, JORGE (1998): *Comunicación Organizacional*. Apunte de clases. Fac. Educación y Humanidades. Universidad del Bío-Bío. pp.1-9.
8. TOMÁS I FOLCH, MARINA ET AL (1991): "La información en los centros" en *Apuntes de Educación*. N° 40, Madrid. pp.2-7.